

despidieron al maestro de baile; Pomposita ha tirado todas las esencias de olor y ha guardado sus peinetas y alambres con que se componía la cabeza. — ¡Ay tía! no me lo diga usted; ¿á tanto ha llegado?

—Sí, mi alma; si tú la vieras, no la conocerías, porque está tu prima de lo vivo á lo pintado. Ha compuesto sus túnicos, ha comprado zapatos negros, y todo el día está suspirando, mirando un Santo Cristo y leyendo la vida devota de San Francisco de Sales, y hoy me ha pedido que busque la vida de Santa Rosalía; y según yo barrunto, puede esto venir á parar en que sea monja teresa. En fin, desde la noche de los espantos una Pomposa llevaron y otra trajeron; pero aunque ya no la espantan, ella no entrara á aquellas piezas, si la mataran, y no dejan de buscar la casa.

—Muy bien hecho, decía don Rodrigo; pero si usted vuelve hoy á verlas, dígame á mi hermana y á don Dionisio que digo yo que no se aceleren demasiado por mudarse; que á la noche iré allá con mi mujer y Pudenciana; que me pongan la cama en el mismo lugar donde estaba la de Pomposita... — ¡Ay, señor don Rodrigo! ¿Y para qué quiere usted hacer eso? — Para ver al diablo, porque no he visto uno en mi vida, sino pintados; y pues en casa de mi hermana se deja ver tan á lo vivo, no es de perder semejante espectáculo. — ¡Por cierto que quiere usted ir á bonita comedia! — ¿Le parece á usted que será

poca diversión ver una cosa invisible? — ¡Creo que usted no lo cree, señor coronel! — ¿Cómo no? lo creo tanto como creer que hay hechizos, brujas, vistas que hacen daño, muertos que se aparecen, fantasmas, dinero enterrado que avisa de noche dónde está con su luz opaca y lisonjera, y otras cosillas de este mismo tejido. — Pues qué, ¿dirá usted que no hay nada de eso? — Sí, lo mismo que el diablo que se le apareció á mi sobrina. — ¡Pues ya se ve que sí! decía la beata; y si estas cosas no fueran verdad, no se leyeran en los libros impresos con letras de molde y con las licencias necesarias, ni se oyeran asegurar por personas muy sabias y muy cristianas.

— ¡Ah, señora! si se quemaran todos los malos libros y se enmudecieran todas las lenguas ignorantes acreditadas de sabias entre los muchachos, ¡cuántos errores se cortarían de raíz! La multitud de milagros y espantos apócrifos que se hallan esparcidos en los libros, y defendidos como verdades inconcusas por personas que parecen sabias, son los que han abierto la puerta á infinitos errores, abusos, vana confianza, fanatismo y supersticiones en que el vulgo de todas clases se halla empapado, no sólo en nuestro reino, sino en todo el mundo, pues en todas partes cuecen habas.

Lo más sensible es que los que con una piedad falsa han querido hacer valer la religión con estas patrañas,

no han conseguido otra cosa que hacerla terrible para los propios y ridícula para los extraños. Nuestra religión, con la santidad de su instituto, con la solidez de sus pruebas, con la excelencia de su dogma y justificada moral, brilla sin necesidad de falsos espejuelos ni oropeles.

El Ser Supremo, para hacerse temer de los malvados, no necesita del demonio, ni de hacer títeres espantosos, dando á cada instante cuerpos aéreos á los espíritus infernales, ni para hacerse amar y prodigarnos sus beneficios, está todos los días invirtiendo el orden que prescribió á la naturaleza. El creer lo primero es figurarnos una deidad mezquina, y el esperar y pedir lo segundo es tentar á Dios, esto es, querer hacer prueba de su poder, lo cual es un insulto sacrílego á su omnipotencia.

—Pues usted dirá lo que quiera, decía la beata; pero de que hay espantos, los hay. En vida de la señora mi madre, que era yo muchacha, había en México un hervidero de duendes y fantasmas, que no era dable, y yo me acuerdo que, recién muerta su merced, la ví dos noches palpablemente al entrar en la recámara donde murió, y una vez oí que me llamó y me dijo muy claro: —*María, María.*—Pues esto á mí me pasó, no me lo contaron, y la ví con estos ojos que se ha de comer la tierra. Lo mismo digo de los milagros que cada día se ven á millares. ¿No ve usted cuántas muletas y piececitos de plata y cera están en los altares de algunos santos? ¿Quiere usted más

prueba? Y por fin, ¿no se acuerda usted del milagro tan patente que pasó habrá doce ó trece años con Pomposita, cuando se cayó del balcón y no recibió el más mínimo daño sino el susto? Pues esto no lo puede usted negar, porque lo vió con sus mismos ojos.

—Es verdad, contestó el coronel, yo lo ví, ó si no lo ví me lo contaron: fué cierto que la niña cayó del balcón y quedó ilesa; pero eso fué casualidad, no milagro: milagro hubiera sido que se le hubiera hecho pedazos el casco en la lana; pero que no se matara una criatura de tan poco peso, al caer de un balcón no muy alto sobre un montón de lana blanda y esponjada, no puede ser milagro, más que así lo llame usted desde ahora hasta el fin de sus días. Fué casualidad que hallara prevenido en el suelo tan buen colchón, y cayendo en él, fué cosa muy natural que no se matara ni se rompiera la cabeza. Ahí me las den todas.

—¿Conque no fué milagro?—No, señora, no fué milagro.—Pues sí, señor, fué milagro, y muy milagro, que lo hizo nuestra Señora de la Soledad de Santa Cruz, Señor San Agustín, y mi madre Santa Rosa de Lima, á quienes yo invoqué, aunque tan mala y pecadora.—La creencia de usted es piadosa, pero el hecho no fué cierto, porque ni esos santos hicieron tal milagro, ni pudieran hacerlo.—¡Ay Jesús! ¿qué es lo que usted dice? ¿No pudieron esos santos hacer ese milagro?

—No, señora; ni otro ninguno.—¡Ay, qué es lo que oigo! ¿Ni la Santísima Virgen que está en el cielo puede hacer un milagro?—No, ni la misma Emperatriz Sagrada.—¿Has oído, Matilde, qué herejía tan grande ha dicho tu marido? ¡Jesús sea aquí! ¡Ave María Purísima!...—No se espante usted, tía, que no ha dicho Linarte ninguna blasfemia.—Ya se ve que no. Mi papá es muy cristiano, añadió Pudenciana.

Y la venerable beata, llena del espanto más pánico ó infundado, preguntaba:

—¿Pues qué, también ustedes son de su opinión? ¿también ustedes aseguran que ni los Santos ni la Virgen María hacen milagros?—De fuerza lo hemos de asegurar así, cuando nos lo enseña la Iglesia.—¡La Iglesia! ¡Qué testimonio! ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! Ya todos los de esta casa son herejes. Es menester delatarlos. Ellos son mis parientes; pero no tiene remedio; de aquí derecho á la Inquisición. Sí, sí, que los quemen; primero es el alma.

—No se dé usted tanta priesa, señora, decía el coronel con mucha paz; no vaya usted á incomodar con esos chismes á los inquisidores, porque le dirán que es una tonta y que no sabe los principios de su religión. Aprenda usted primero, y luego nos irá á acusar al tribunal que quiera.

—Yo no contesto con descomulgados, y esa descomunión es de participantes; sí, de participantes, y yo no me quiero salar. Me tapo las orejas, me voy yo de esta casa condenada. No en balde me caí de la escalera al entrar; pero ahora lo verán, herejotes, se han de acordar de mí...

Diciendo estas y otras simplezas, se salió de la sala la buena vieja. Matilde y Pudenciana muy apuradas querían detenerla, y la primera decía á su marido:

—Déjame ir á detener á mi tía, no vaya á hacer una tontera. Es verdad que no le harán aprecio; pero en quita, pon y desembaraza, se nos puede seguir algún extravío, y cuando no sea otro que las hablillas de los que ignoran la realidad del caso, son de temer, y se deben evitar.

—Déjala que vaya con Dios: no hagas aprecio de eso, ni tengas cuidado. ¿Acaso los jueces son ignorantes, ni pueden proceder con tropelía? Ellos en la delación conocerán la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan se satisfarán de la pureza de mi proposición.

—Es verdad; pero ¿qué gana tienes de esas contestaciones? ¿Ya lo ves? delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, porque todo lo entienden mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y doña Matilde hablaban

estas cosas, se marchó la necia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algún cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde, como verá el lector en el capítulo que sigue.



## CAPÍTULO XXVII

En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata

Muchas veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazón. Esto último aconteció entre el coronel y doña María. Iba ésta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata, después de referirle lo acaecido,